

Armas químicas, asunto ético para los científicos

La cuestión siria revive una problemática y los ordenamientos internacionales: Ana María Cetto



¿Cómo se protege a la población ante las amenazas de estas armas?

Los científicos tenemos una responsabilidad ética ante el desarrollo de armas químicas como las utilizadas recientemente en Siria, consideró Ana María Cetto Kramis, investigadora del Instituto de Física.

"El ataque masivo del 21 de agosto, que acabó con cientos de civiles —aún no se sabe cuántos— en ese país, revivió una problemática en torno al empleo, desarrollo, conservación y destrucción de estos agentes químicos letales", destacó al participar en el ciclo de conferencias Jueves de Ética, organizado por el Instituto de Química.

Preocupación social

Doctora en Física con estudios de posgrado por la UNAM y la Universidad de Harvard, Cetto es experta en mecánica cuántica y en energía nuclear. En su trayectoria académica ha combinado su trabajo en esa disciplina con una preocupación social de alcance mundial. Presidió el Consejo Ejecutivo de las Conferencias Pugwash (Premio Nobel de la Paz 1995) y fue directora general adjunta del Organismo Internacional de Energía Atómica (Premio Nobel de la Paz 2005).

Durante la conferencia De la Reflexión Individual a la Acción Colectiva, instó a "no

PATRICIA LÓPEZ

dejar que la conciencia se quede dormida y a no estar cruzados de brazos, como ciudadanos y especialmente como científicos", para detener el uso de la ciencia y la tecnología al servicio del armamentismo.

Convención de 188 países

En su ponencia, Cetto explicó que la Convención para la Prohibición de las Armas Químicas, administrada en La Haya, Holanda, por la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas, es uno de los acuerdos internacionales más recientes.

"Los primeros países adherentes la firmaron en 1993, muy tarde, pues armas químicas hay desde tiempos remotos en la historia; se usaron para matar a muchas personas desde la Primera Guerra Mundial y actualmente se han convertido en dispositivos de destrucción masiva", apuntó.

Precisamente esa utilización hizo que se reconociera la necesidad de firmar algún tratado que limitara el desarrollo, empleo, investigación, distribución, venta y almacenamiento de armas químicas y se promoviera y obligara a las naciones firmantes a destruir sus arsenales.

"Hoy en día esa convención ha sido signada por 188 países y hay uno más en proceso. Representan 98 por ciento de la población global. De los arsenales, se han destruido 44

mil de las 71 mil toneladas declaradas, lo que representa 62 por ciento. Así que de algo ha servido", reflexionó.

Sin embargo, inspecciones multinacionales revelan que hay algunos no declarados y siete territorios que todavía no forman parte de la convención. "Siria es uno de ellos. Aunque es miembro del Protocolo de Ginebra, que prohíbe el uso de armas químicas en la guerra, tiene arsenal de potencial masivo. Tampoco ha firmado la convención Israel, que también posee este tipo de armas", detalló.

Preguntas para reflexionar

La investigadora opinó que el uso de armas químicas plantea una serie de preguntas que no se pueden soslayar: "¿Dónde y quién las desarrolla?, ¿con qué derecho legal y moral?, ¿cómo está organizado el sistema de producción de armas químicas?, ¿con qué recursos cuenta y quién los financia? y ¿cuáles son los intereses que hay detrás?"

Al dirigirse a sus colegas, también preguntó qué hace el resto de la comunidad de químicos al respecto; si hay quién denuncie esas actividades, qué pasa con las denuncias y los denunciantes; cómo se protege a la población ante las amenazas de estas armas. "Creo que esto nos atañe en algún grado".

Claroscuros de la ciencia

Cetto recordó la historia de Fritz Haber, químico alemán que en 1918 (el último año de la Primera Guerra Mundial) fue galardonado con el Premio Nobel de Química por su desarrollo de la síntesis del amoníaco, fundamental para crear fertilizantes, pero también explosivos.

"La producción de alimentos mejoró con sus métodos y su aplicación tuvo éxito en la agricultura, pero además se le conoce como el padre de la guerra química, por el desarrollo y el uso de los gases de cloro y otros tóxicos durante la Primera Guerra Mundial", relató.

Al conocer la contribución de Haber al desarrollo de la guerra química, su esposa Clara Immerwahr, que compartía la misma profesión, se suicidó.

En el lado opuesto de la participación científica, se refirió al caso de la bióloga y divulgadora estadounidense Rachel Carson, quien en su libro *Primavera silenciosa*, de 1962, documentó los efectos nocivos de pesticidas sobre la vida silvestre. El título del texto, precisó, se refiere al argumento de que el DDT mataría a los pájaros, cuyo canto no se escucharía más en las próximas estaciones.

"Carson inició su lucha con una denuncia personal que se convirtió en un movimiento colectivo e incidió en la conciencia ecológica, la prohibición del DDT y la creación del Departamento de Medio Ambiente de Estados Unidos", concluyó. *g*